



Simbolismos y Etnobotánica de los Arcos de Semana Santa en el suroccidente de Guatemala (2008-2010): nuevas consideraciones

LUIS VILLAR ANLEU*



En un primer aporte al tema de los Arcos cuaresmales como iconos efímeros del catolicismo en el departamento de Sololá, del suroccidente del país, en la Revista *Tradiciones de Guatemala* del Centro de Estudios Folklóricos de la Universidad de San Carlos, (CEFOL, 2008; 69:143-169)¹², los describí como estructuras sacro-profanas que se levantan

como “ofrenda que se le da al Señor, porque es un recuerdo del homenaje que se le hizo cuando entró al pueblo de Jerusalén”. En el entrecomillado se condensa la razón “práctica” de erigir Arcos como tradición de Semana Santa, según la expone uno de los mantenedores de la tradición, don Bernardo Raxtún (n. 20.08.1947 en Panajachel, Sololá, mi informante en entrevista del 22.03.2008, Sábado de Gloria).

Si bien el interés primario de sus constructores es que los cortejos procesionales pasen debajo, algunos han perdido esos resabios de arco triunfal. Esta observación surge de los reconocimientos de los años 2009 y 2010 en un área geográfica mayor. Pese a ello, la erección de un Arco porta el simbolismo de *abrir para Jesús una puerta* digna de Él, por la que ha de pasar en gloria y majestad. Si al final la imagen procesional de Cristo pasa o no debajo, según el recorrido del cortejo, el Arco contribuye a *glorificar la llegada histórica de Jesús el Cristo a Jerusalén*. Y la recompensa esperada de quienes los construyen es recibir sus bendiciones, vivir en gracia con la divinidad, hacer una alianza sagrada con el mundo espiritual.

ANTECEDENTES

El material del primer ensayo (CEFOL, 2008) fue valioso para entender algunas de las motivaciones que inducen



* Universidad de San Carlos de Guatemala. Colaborador del CEFOL en temas de etnobiología. Profesor del Área de Arqueología en la Escuela de Historia. Dirección electrónica: luizvillar@hotmail.com

la construcción de Arcos en los municipios de San Andrés Semetabaj, San Antonio Palopó y Panajachel, Sololá. Los Arcos son uno de cuatro iconos efímeros en las conmemoraciones católicas cuaresmales del departamento, siendo los otros Alfombras, Huertos y Pasos, que aunque con motivación propia, en ciertos puntos tienen correspondencias y complementariedades evidentes con aquellos. El trabajo precedente permitió notar diferencias geográficas en los Arcos, en particular en lo que a ornamentación y complejidad estructural se refiere. Las disimilitudes pudieron atribuirse en principio a razones de identidad sociocultural articulada a cuestiones etnobiológicas y socio-ambientales.

En la discusión de la primera entrega se habló de los simbolismos que activan los Arcos, expresados con devoto misticismo en el ámbito de la religiosidad popular de Cuaresma y Semana Santa. La espiritualidad, que brota con gran devoción y entrega, lleva a la feligresía católica a concentrar su fe y piadoso recogimiento al recordar la vida, pasión, muerte y resurrección de Cristo y a manifestarla mediante actos de bien mantenida herencia tradicional. Los Arcos cumplen un papel de profunda trascendencia en la conmemoración.

En lo simbólico son parte de los códigos que el creyente elabora para comunicarse con Dios. Eslabones que forja entre lo sagrado y lo profano, por los que se expresa y de tal manera busca acercarse a la esfera divina. En los cuatro iconos de Semana Santa se encuentran significados espirituales parecidos, pero se diferencian en los mensajes que portan. Tienen en

común el motivo que lleva a construirlos, estimulación inconsciente que procede del imaginario colectivo. Son genéricos el carácter de efímeros, y constituir expresiones de centenarios sincretismos espirituales que sacralizan elementos de la Naturaleza para enaltecer costumbres y tradiciones católicas populares de la época. Por eso sus constituyentes incorporan los significantes esotéricos que facilitan los diálogos místicos entre Dios y el Hombre.

Los Huertos, con función primaria de altares temporales en el interior de templos y casas de fieles son, además de adoratorios, ofrendas que se le presentan a Jesucristo. En similar función de altares provisionales e incorporación de ofrendas simbólicas, los Pasos se elaboran al frente de casas de devotos donde se detienen los cortejos del Vía Crucis para los rezos de rigor, tradición que ha ido perdiéndose en la Nueva Guatemala de la Asunción y otras ciudades populosas pero no tanto en pueblos pequeños.

Las Alfombras, que a fuerza de arranques de competitividad y orgullos individuales han llegado a ser, mano a mano con los Huertos, sobresalientes muestras de la elevada exquisitez del arte popular temporal asociado a la religiosidad en la Nueva Guatemala, Santiago de Guatemala (hoy La Antigua Guatemala) y Quezaltenango, y que no faltan en otras comunidades, también son parte de la búsqueda de la esfera divina desde la dimensión terrena. Se asocian a los cortejos procesionales y brindan simbólicamente al Señor un medio para que ponga allí sus divinos pies. Al recorrerlas bendice a quienes se las construyen.

Los Arcos poseen una carga simbólica de sobrenatural trascendencia, que apenas empieza a ser descifrada. La geografía de su tradición no es de gran amplitud, pero ya resulta evidente que la región suroccidental es un enclave remanente. Allí se encuentra mucha riqueza constructiva, abundancia y significativa variedad tipológica. El estudio de 2008 correspondió a tal zona, en los municipios ya nombrados. La revisión de los años 2009 y 2010 es de la misma región, pero abarca comunidades de los municipios de Sololá, Santa Catarina Palopó (Sololá), Nahualá (Sololá) y Totonicapán (Totonicapán).

Fuera de la dimensión mágico-religiosa, y si en tal caso son vistos solamente en el entorno de la cultura material, la delicadeza constructiva y la dedicación para resaltar los simbolismos de los cuatro iconos los transforman en obras efímeras de arte popular. Los Arcos, además de simbólicos, se hacen obras de gran belleza.

LA EXPRESIÓN ESPIRITUAL

Los ritos, costumbres y tradiciones guatemaltecas de Semana Santa, como hecho socio-cultural único constituye uno de los sucesos más importantes y significativos en la esencia espiritual de los católicos. La manifestación imprime evidente identidad cultural a los pueblos, por sus maneras y estilos de expresión que vienen de comportamientos fijados por leyes no escritas, del imaginario colectivo, que adaptaron por transformación ceremonias foráneas venidas con la invasión europea y las hicieron formas propias.

Así surgieron modos particulares

de construir y adornar los iconos de la Semana Santa católica, se exaltaron y enaltecieron algunas comidas populares que de ello se fijaron como tradicionales de la época, se afianzaron credos, creencias, supersticiones, costumbres, tradiciones y hechos del saber y de la oralidad populares, la cultura material encontró vías expresivas propias y los iconos, de espirituales pasaron a ser espléndidas muestras de arte popular transitorio, perecedero, que a veces dura sólo fracciones del tiempo que tomó crearlo. Pero es el universo de símbolos que une lo popular a lo sagrado, que establece un mensaje en códigos que no sólo cohesionan y le dan identidad a la comunidad católica sino que elevan al creyente a las esferas sacras.

Es necesario volver los ojos a la segunda mitad del siglo XVI para buscar el origen de la riqueza expresiva de Semana Santa en Guatemala. Notar que la nueva doctrina, venida de la Europa cristiana, fue enriquecida por combinación con hechos culturales propios de la cosmovisión de los pueblos mesoamericanos. En tanto tomaba cuerpo la inevitable fusión de culturas del encuentro de lo europeo con lo americano, combinación que las transformó profundamente, el sincretismo en la dimensión espiritual vería hacia lo sagrado a partir de una rica mezcla de expresiones del mundo profano manifestadas de distintas maneras.

En los iconos de Semana Santa la comida es un elemento de elevado simbolismo. Si en el plano material la culinaria sincretizada de la época se llena de aromas, sabores, colores y protocolos gastronómicos de manifiesta identidad nacional, con clara mezcla de elementos

autóctonos y venidos junto al modo de ser español, el surgimiento de platillos del tipo del pescado seco bajo recetas apropiadas al tiempo, los garbanzos en dulce, el gusto por la miel de doncellitas (cuya preferencia habría de pasar a la miel de abejas), la tradición de hornear y compartir “pan de recado”, desayunarse con chocolate humeante el Jueves Santo, degustar chiles rellenos porque ahora adquieren rango de sacralizados y disfrutar espléndidas muestras de encurtidos se transforma en una larga cadena de expresiones de fervor religioso.

Es que el hombre articula el consumo de sus alimentos a los ritos de veneración. Por eso el cacao procesado hasta chocolate o batido es “alimento de los dioses” pero también de los creyentes. Y de esta condición puede hacerse partícipe, aunque a escala menor, a su primo biológico el pataxte. En algún momento se agregan las bebidas fermentadas, que ha fuerza de persistir en hechos de la cultura espiritual se hacen “bebidas espirituosas” (lo simbólico en el vino es una expresión muy elevada).

De lo material a lo espiritual, el halago a Dios mediante el ofrecimiento de comida es un paso inevitable. Un rico aporte de las culturas prehispánicas al valor ritual de los alimentos se puede encontrar en varias fuentes. En sus textos antiguos por ejemplo. En el Pop Wuj, el libro de la cosmogonía maya k'iche', se lee este ilustrativo pasaje de uno de los primeros mitos de la creación: “*primero se formaron la tierra, las montañas y los valles; se dividieron las corrientes de agua, los arroyos corrieron libremente entre los cerros, y las aguas quedaron separadas...*”. Luego se hizo “*a los animales pequeños*

del monte, los guardianes de todos los bosques, los genios de la montaña, los venados, los pájaros, leones, tigres, serpientes, culebras, cantiles...”. Llegado el momento, el Creador y el Formador decidieron: “*¡hagamos al que nos sustentará y alimentará! ¿Cómo haremos para ser invocados, para ser recordados sobre la tierra? Ya hemos probado con nuestras primeras obras, nuestras primeras criaturas; pero, no se pudo lograr que fuésemos alabados y venerados por ellos. Probemos ahora a hacer unos seres obedientes, respetuosos, que nos sustenten y alimenten. Así dijeron*”.

En esta explícita revelación popwujiana la divinidad pide que se le invoque, alabe y venera. Sugiere el sustento, el alimento, como medio para que el Hombre lo haga. La etnia q'eqchi' lo consigue de manera singular: su esfera de espiritualidad considera que la deidad suprema de su cosmos, el Señor *Tzuul Taq'a*, come fuego y bebe humo⁷; lo repite la cosmogonía k'iche', en la que la figura preeminente del panteón divino es *Uk'u'x Kaj Uk'u'x Ulew*, Corazón del Cielo y de la Tierra. Se les alaba y venera dándoles de comer la llama de las velas y de beber el humo despedido de resinas aromáticas, en particular de bálsamo, copal, estoraque, incienso, pom.

Llevado el valor de la comida a niveles sacros, el modo de obsequiarla u ofrendarla a la divinidad, de compartirla es más apropiado decir, evoluciona a rituales de potente contenido simbólico. Es así como llega a los iconos del catolicismo guatemalteco, que a decir verdad sucede en los tres ciclos de su religiosidad: Semana Santa y Cuaresma, Día de Todos

los Santos y Día de Fieles Difuntos, y Nochebuena y Navidad. En ellos, la profusión y naturaleza de frutos, verduras y legumbres es casi una medida del afán de los fieles por alcanzar el equilibrio entre lo sagrado y lo profano. Esfuerzo del hombre por congraciarse con la divinidad a través de comidas y alimentos.

Pero no es solamente en el valor simbólico de las comidas y las bebidas que el hombre busca su acercamiento a Dios, las cuales son tan tangibles como los frutos de determinadas especies selectas o tan intangibles como el fuego y el humo. También lo persigue por medio de flores, hojas, fragancias, colores y varios productos de la tierra. Lo incorporado al magno festejo religioso es un acopio innato que desde siglos ha sido fijado por un comportamiento social heredado en igual tiempo de práctica espiritual. Los significados y simbolismos de los elementos utilizados sobreviven en el subconsciente colectivo, y brotan, cual torrente identitario, en forma de costumbres y tradiciones de un pueblo que se vuelca a lo místico.

Como entidad botánica, las palmeras son uno de los elementos de más extendido uso en sus frutos, flores y hojas. En materia espiritual se les ha dado fuerte significación. El follaje, muchas veces radiado, ha representado al Sol y derivado en potente carga mística. Por eso se les asocia con la luz y la claridad, lo brillante, la pureza y el bien, lo que nace y da vida. Para el cristianismo tanto simbolizan el advenimiento del Mesías⁹ como el triunfo de la vida sobre la muerte⁵, atributo que comparten los mártires de la Iglesia y por ello se les vincula iconográficamente.

A partir de arcaicos umbrales en la prehispanidad, la sincretización de la liturgia católica se aseguró la incorporación de hojas de pacaya y de palmilla, flores de corozo, cocos e infrutescencias de pacaya, entre otros derivados de las palmas. Los pueblos indígenas de Guatemala llevaban hojas de pacaya a sus sitios ceremoniales. En otras partes del mundo el paleocristianismo honraba el valor de las palmeras. El Evangelio según San Juan manifiesta que las personas que a la sazón se reunían para celebrar la Pascua judía, al saber "*que Jesús se dirigía a Jerusalén, tomaron ramas de palmera y salieron a su encuentro*" (Jn 12, 12-13). En la actualidad, como símbolo omnipresente, se encuentran en Alfombras, Arcos, Huertos y Pasos. Hojas de cocotero se disponen en arcada a la vera de vías procesionales, racimos de cocos o frutos solos penden de Arcos o se espacian en otros iconos, follaje tierno de palmilla se transmuta en Ramo, en tanto que espigas de corozo inundan el ambiente con aroma a Semana Santa. Visual, olfativa o táctil, la evocación espiritual del martirio y gloria de Jesús el Cristo se eleva a esferas divinas desde el subconsciente espiritual colectivo.

Los follajes que integran los iconos temporales de Semana Santa, provengan de la especie que sea, ayudan a despertar la paz espiritual contenida en el subconsciente colectivo de los devotos. Además del simbolismo que aporta la especie particular que se tome (las hojas de las palmeras tienen significantes diferentes a los de las hojas de pino, distintos a los de las hojas de los amates y así sucesivamente), en general tales órganos de los vegetales ceden el mensaje del verde, su color, y algunas veces también el del olor. Lo verde

simboliza la esperanza. Representa la fe, denota creer en algo, o tal vez en alguien. Expresa descanso, juventud y equilibrio.

Todo ello es nobleza: la esperanza de un futuro bueno y agradable; la fe tal cual se expone en la religiosidad; la creencia en la sobrenaturalidad que se asocia al mundo natural y en la que la divinidad ocupa el centro incuestionable; que Jesús el Cristo murió joven y hay fieles en quienes se mantiene latente la duda de qué habría logrado hacer si hubiera podido alcanzar una edad que le permitiera ir más allá, en una sociedad en la que la experiencia acumulada por la gente madura era muy respetada; lo sublime que hay en reconocer lo doloroso de la pasión y la muerte, pero que en el fondo de ello está la gloria de la resurrección; el equilibrio, sentir que desde la esfera profana se exalta el mundo sagrado.

El verde que va a los Arcos en el follaje no es un simple adorno. Es un color que habla el lenguaje de los símbolos, que así se une a una religiosidad sincretizada que exalta la fe popular, que alaba al Cristo del que se esperan bendiciones. Y en una verdadera conjunción de simbolismos, el olor que algunas despiden tiene la propiedad de despertar hondos sentimientos de gozo espiritual, de sacar presencias inconscientes que elevan la nobleza de los comportamientos humanos. Ya se dijo que la procedencia de las hojas también define significantes asociados, condición que induce reforzamiento simbólico en las hojas de pacaya, de cocotero, palmilla, pino, amate y maguey. Las más frecuentes en los Arcos sololtecos.

La humanidad ha hecho de las flores elementos de elevado valor simbólico.

Por ello no extraña que ocupen lugar preeminente en los iconos de la Semana Santa católica, aunque en los Arcos lo sean relativamente menos que en los otros. Se reconoce que tienen la facultad de despertar las sensaciones mágico-religiosas que el Hombre guarda en su subconsciente, lo que las convierte en medios de evocación de sentimientos muy profundos. Por eso pueden convertirse en preciosas ofrendas para la divinidad.

Proveen texturas, colores y olores exclusivos. A través de ellos traen al ámbito de la realidad el mundo simbólico que se vive en hechos sacro-profano del catolicismo de la época cuaresmal. Como expresiones y manifestaciones que vinculan lo popular con lo sagrado, conducen a la dimensión mágico-religiosa que crea el ser humano a la manera de un *"comportamiento básico fundado en una concepción del mundo según la cual objetos y sucesos que son entendidos como manifestaciones adquieren la forma de acción gráfica y de culto"*.¹

En lo que al color corresponde, es bien sabido que desde la humanidad ancestral ya se le asignaban valores a los distintos matices de la Naturaleza. Los rayos del Sol ya se veían diferentes a los de la Luna y a los de las estrellas, los astros mismos exhibían tonalidades distintas que les daban significaciones propias. Esto le permitía al Hombre de aquel entonces asociar tales matices a su universo de pensamientos y creencias. Cada color incorpora un compendio de códigos que expresa algo, que refleja un impacto inmediato en nuestras emociones, que posee el poder de estimular y alegrar¹. En la sociedad contemporánea literalmente se

ha creado un lenguaje de colores, y dentro de él se ha hecho de las flores un preciado vehículo portador de mensajes.

El amarillo se asocia con la riqueza, la gloria, el esplendor y la nobleza; mas si es amarillo pálido denota infidelidad y traición. Al azul se le asignan valores de fidelidad, piedad y sabiduría; es el color de los niños varones. El blanco representa pureza, fe, creencia, bondad, inocencia, caridad, modestia. El gris, dolor, melancolía, tristeza, duda; el gris metálico la fuerza y el coraje. El color lila transmite sentimientos de amistad, de amor platónico. El marrón de humildad, pero el marrón oscuro de dolor intenso.

El color naranja es el de la pasión y los deseos de gloria. El negro del duelo, la tristeza, el anhelo o designio de muerte. El dorado significa poder, riqueza, abundancia, magnificencia. Púrpura es el signo de la realeza. El rosado de la ternura, juventud y del amor inconstante; se le atribuye a las niñas. El rojo es el color de la vida apasionada, del amor, del fuego pero también de la ira. El verde representa la esperanza, tanto durante la vida terrenal como en la vida eterna, es también afecto, fe, renacimiento, juventud, paz, equilibrio. El violeta simboliza la constancia. El morado la penitencia.

La estimulación de los sentimientos humanos por los colores de las flores provoca que a ellas se les encargue la transmisión de mensajes de rogativa. Para la religiosidad tales colores son un medio de comunicación inconsciente entre el Hombre y su fuente de fe, porque al despertarle sensaciones de su propia naturaleza los usa para expresar

sus creencias, su devoción; en las flores encarna una entrega espiritual. Entonces las transforma en ofrenda que con místico recogimiento obsequia, por ejemplo, en los Arcos y demás iconos de Semana Santa.

No pueden dejarse de lado los aromas, pues como parte del sólido eslabón en la dualidad religión-simbolismo también emanan como efluvios que hablan. En relación a otros órganos vegetales, las flores los concentran con mayor intensidad. En el ámbito de la espiritualidad sensorial se hacen parte de la pasión religiosa. Todo olor se relaciona con el momento piadoso que se vive y así puede dar fortaleza a cultos convincentes y asequibles a la sensibilidad de los creyentes¹¹. Se incorporan a los rasgos culturales y así dan identidad, expresan y comunican el lenguaje disuelto en la mente humana que forma parte del imaginario espiritual del pueblo, que exterioriza la realidad objetiva de la vida religiosa provocada por una tradición. Con suficientes motivos para la incorporación espiritual de las flores a los Arcos, y lograr la comunicación con el mundo sacro, lo que pareciera ser solo una forma de arte popular es una ofrenda erigida sobre creencias que el saber del pueblo recrea, que hace nacer en una forma sincrética.

LOS ARCOS

Los arcos festivos han sido erigidos por el hombre desde tiempos muy antiguos. Se les construye en muchas partes del mundo en fiestas populares, en conmemoraciones de la espiritualidad religiosa o en condición de arcos triunfales. Su empleo en Guatemala en el halago de personalidades o en fiestas y conmemoraciones mágico-religiosas

es bien arcaico. Aunque el origen de su utilización local con fines religiosos se ubica en la segunda mitad del siglo XVI, los arcos profanos se usaron antes. Una de las más viejas referencias conocida es la de fray Antonio de Remesal, historiador de la evangelización (Historia General de las Indias Occidentales; Libro 3, Cap. XV), según ha sido citado por don Agustín Estrada Monroy⁸ en esta transcripción: “Pero cuando llegó a la tierra del Cacique fueron grandes las fiestas que le hicieron de enramadas y arcos triunfales...”

El suceso ocurrió de mediados de julio a postrimerías de septiembre del año 1537, con motivo de la llegada al Señorío de Sacapulas de fray Pedro de Angulo y fray Juan de Torres, primeros españoles misioneros, que iniciaban el acercamiento a los territorios q'eqchi' para forzar su conquista por medio de la evangelización. La cita, recogida por Estrada Monroy, se toma con un grano de sal debido a las maneras tan *sui generis* de Remesal para conocer acontecimientos y narrarlos a conveniencia, pero sitúa el uso de arcos en el imaginario y costumbres prehispánicas. Los frailes Angulo y Torres eran allí pioneros abriendo brecha, y marcarían desde ese momento y lugar la incorporación del culto cristiano a la cosmovisión q'eqchi'. Vista la presencia de arcos en el pueblo k'iche' (Sacapulas), su uso contemporáneo representa un aporte prehispánico al sincretismo religioso actual.

En mi primera comunicación¹² dije que, aún con grandes variaciones estructurales, el prototipo de un Arco cuaresmal es el de una armadura en U invertida, de dos parales verticales fijados

en tierra que sostienen un travesaño horizontal superior (foto 1). La revisión de 2009 y 2010 muestra cómo la evolución ha ido enriqueciendo el concepto. La suerte de haber podido ampliar el ámbito geográfico de estudio y así contar con la posibilidad de hallar más variaciones constructivas, derivó en el hallazgo de Arcos con más de un travesaño horizontal (fotos 2 y 3).

También expuse que su tamaño se ajusta tanto al espacio disponible como a las dimensiones del cortejo procesional esperado y a las necesidades de la vida cotidiana a su alrededor (no obstaculizar el paso de vehículos, por ejemplo, que se puede apreciar en la foto 4). Con tales variables en años de tradición, el ancho se ajusta al largo de las reglas con que se va a construir en tanto que la altura la define primariamente el alto del anda que ha de pasar debajo, secundariamente al largo de la madera útil. Una vez erigido el andamiaje, el Arco se completa con productos vegetales (foto 5).

La información recabada en 2009 y 2010 modifica algunas de estas cuestiones, aunque no cambia la fundamentación filosófico-religiosa de los Arcos. Así, por ejemplo, en El Novillero, departamento de Sololá, varios Arcos no se levantaron con parales. Uno de ellos (fotos 6 y 7) se sustituyó colocando la fruta simbólica en la parte superior del portón permanente de ingreso a la casa del devoto, entre su patio y la carretera (CA-1). Uno más sólo necesitó ajustes menores para adecuarlo a la entrada de otra vivienda (foto 8), sobre estructuras preexistentes, no de gran permanencia.

La mayor parte de Arcos se

levanta en las calles que recorrerán las procesiones y muchas veces también al frente de los templos cuando el espacio y las condiciones lo permiten (fotos 9, 10, 11 y 12), según el patrón básico descrito en el primer ensayo. Pero los estudios de 2009 y 2010 mostraron que esta no es una cuestión constante, que lo esencial es erigir la ofrenda y que el lugar no importa tanto, pues de todas maneras Cristo sabrá que el Arco se erigió para Él. Los mostrados en las fotos 6, 7 y 8 lo ilustran y corresponden a la aldea Argueta, Sololá, condición que se repite en otros lugares.

Parte de la tradición dicta que un mismo constructor levante el propio en el mismo lugar todos los años, manteniendo un tamaño constante pues los materiales que emplea en la obra los conserva en calidad de "reliquia". Sutil relevancia simbólica. Se entiende mejor con lo expuesto por d. Bernardo Raxtún: *"Ya después la fui guardando. Ya ahora son reliquia. Porque los palos de los Arcos se van haciendo reliquia por el uso para Jesús y por el tiempo que va pasando. Esos mismos palos son los que sigo usando ahora. Por eso es que mi Arco siempre tiene el mismo tamaño, porque son reliquia. Como son reliquia, cada vez que desarmo mi Arco lo hago con mucho cuidado, y los palos los envuelvo bien y los guardo para el otro año"*.

Otra cuestión importante de señalar es la propiedad del Arco. En el trabajo anterior dije que, con variantes de límites difusos, constituyen honras personales o familiares y que en general no son construcciones colectivas. Añadí que sólo en contadas ocasiones pertenecen a cofradías o a hermandades, pero que aún

en tal caso es fácil percibir la existencia de motivaciones individuales en el seno de una cofradía o de una hermandad para llevarla a hacerse responsable del montaje de algún Arco. Esto porque todos los entrevistados en 2008 en Sololá reconocieron que se erigen por mantener una tradición familiar: porque los padres, los abuelos o los suegros lo hacían, ellos también lo hacen.

En la primera oportunidad expuse que en el atrio del templo de San Francisco de Asís, en Panajachel, se levantan dos arcos: uno perteneciente al Sr. Raxtún, de quien ya se ha hablado y cuya preeminencia en la tradición se respeta firmemente, y el otro de la Hermandad del Señor Sepultado. Hice énfasis en que la segunda propiedad era un caso excepcional. De hecho lo fue en el seno del ámbito geográfico estudiado esa vez. De los datos logrados en 2009 y 2010 se confirma que la erección de Arcos corporativos no es infrecuente. En la foto 13 se muestra el Arco de la Hermandad de Jesús de la Columna, de la ciudad de Totonicapán, una agrupación de gran antigüedad fundada el año 1880. También son colectivos los Arcos de la feligresía de la Colonia María Tecún, aldea Argueta, Sololá (foto 14), el del Centro Mariano de Formación y Desarrollo, de Pacoxom, departamento de Sololá (foto 10) y los de Santa Catarina Palopó, propiedad de la Asociación Católica (foto 22).

Si bien se describe un prototipo de Arco, en la realidad hay grandes diferencias en ellos, tanto en estilo constructivo como en tipo, cantidad y distribución de los productos vegetales que se les agregan. Los de las comunidades de Sololá y Totonicapán que se estudiaron en

las primaveras de 2009 y 2010 muestran un gradiente de complejidad que, según se desprende de lo dicho por los devotos que los erigen, depende bastante de su capacidad económica, y también de la posibilidad de asociarse para levantarlos, y de los precios y disponibilidad de los elementos botánicos que se les agregarán.

Los más primitivos y sencillos resultaron ser los de San Antonio Palopó, y entre los más elaborados y complejos se cuentan los de San Andrés Semetabaj, Santa Catarina Palopó y los de El Novillero. En San Antonio un Arco muy ancestral constaba de dos grandes hojas de palmeras de coco enterradas por su base, puestas frente a frente; la curvatura natural, hábilmente aprovechada, formaba la estructura arcada. Sobre estas hojas se disponían los demás elementos decorativos. Más sencilla aún resultaba la estructura de hojas de cocotero, sin más elementos, dispuesta a lo largo de una calle estrecha por donde habría de circular la Procesión. Tal disposición formaba, de hecho, una serie de Arcos de extrema sencillez. Sólo en Santa Catarina Palopó se observó el adosamiento en esquadra de dos Arcos.

El atributo del travesaño también muestra variaciones. Es significativo que tengan correspondencia geográfica y definan características propias en distintas comunidades. En San Andrés y Panajachel el predominio es de una sola regla (fotos 5, 12, 15, 16), en tanto que en las comunidades situadas entre la aldea Los Encuentros y la ciudad de Totonicapán son frecuentes topes de dos reglas (fotos 2, 3, 13, 17). Y la configuración aparece de vez en cuando “mejorada”; al menos en Panajachel el Arco de los hermanos

Francisco y Juan Rivera suele trabajarse más para darle una forma que tiende a lo redondeado (foto 18).

Entre las variaciones más notables que se pueden apreciar en el travesaño se halla la disposición de los productos vegetales, casi invariablemente frutas (aunque también flores, como el corozo y la “pata de gallo”, y con menos frecuencia hojas). Lo usual es que se cuelguen, atadas con pita apropiada, a intervalos que dependen de la cantidad disponible para tal fin. Las fotos 15, 17 y 19 son muy ilustrativas pero puede apreciarse en varias más. Resultan así series alineadas, sencillas, en donde la alternancia de los elementos no se sujeta a ninguna norma.

Pero en varios sitios a este asunto se le da más atención, se hace con esmerada dedicación, lo que da por resultado un incremento significativo del efecto estético. Se aprecia que la tendencia es a crear arcos sobre el Arco. El más representativo ejemplo es el Arco de la Hermandad de Jesús de la Columna, con cuatro arcos menores que penden de la regla que hace el travesaño, cada uno con el tratamiento ornamental de un Arco tradicional y la colocación de la fruta y las flores simbólicas según la ancestral costumbre (foto 13).

Los arreglos más complejos crean verdaderas obras de arte. Y así, con el fondo de las montañas y los cielos diáfanos propios de la región, se consigue uno de los efectos buscados: sublimar la espiritualidad humana para buscar místicamente la cercanía de la divinidad, evocar sentimientos profundos de religiosidad situados en el subconsciente

y por esa vía comunicarse con el mundo sagrado, una acción que articula la posibilidad de divinizar la tersura de una flor de terciopelo salpicada de miel de doncellitas para crear un lenguaje propio de Dios y su corte celestial. Así es la acción evocadora de la esfera divina. Esta comunicación hecha arte se eleva, como en las arcadas sacro-profanas de la Colonia María Tecún, El Novillero y Pacoxom (fotos 14, 1 y 20).

La preferencia por el tipo de fruta también marca una diferencia perceptible. En las comunidades más altas, fuera de la cuenca del Lago de Atitlán, se nota la predilección por los cítricos, especialmente naranjas, y por musáceas, entre ellas bananos, plátanos y guineo majunche (fotos 1, 6, 7, 8, 20) además de las otras especies de la tradición como piñas, melocotón de olor y flores de corozo. En las comunidades de la cuenca la frecuencia mayor la marcan (fuera del infaltable corozo) frutos de melocotón de olor, piña, coco, pataxte, cacao, conos de pino, sin desestimar el uso de bananos y plátanos, entre otros (la foto 15 es muy ilustrativa, el Arco es de San Andrés Semetabaj).

El decorado fundamental de la estructura también exhibe diferencias entre lugares. En Panajachel y Santa Catarina Palopó se tiene en alta estima el pashte, también llamado musgo blanco, para forrar parales y travesaños (fotos 18, 21 y 22) pero algunos constructores prefieren el uso de ramillas de ciprés (foto 9); el Arco colectivo hecho por los trabajadores del Centro Vacacional Casa Contenta combinó forro de pashte en el travesaño y de hojas de palma (coco) en los parales (foto 16). En San Andrés se hace un complejo

imbricado de hojas de amate y de maguey (foto 19) pero también se aplica un sencillo diseño de franjas diagonales en pintura de aceite, de colores verde y blanco (foto 4). Las comunidades de la parte alta de la cuenca se inclinan más por el diseño de franjas pintadas, en las que la constante es el uso del color azul alternando con blanco (fotos 2, 3, 13, 14, 17). En la ciudad de Totonicapán se encontró una cubierta de tela en el travesaño, combinada con diseño en pintura y forro de pashte y musgo en los arquitos colgantes (fotos 10, 13, 20).

ETNOBOTÁNICA DE LAS ESPECIES

En la sección anterior se nombraron varias especies que se llevan a los Arcos de Semana Santa. Puesto que no son todas, en esta otra trato de profundizar un poco más, aunque por razones obvias siempre quedarán muchas sin nombrar debido en particular a que la evolución inherente a las tradiciones produce cambios inesperados en el uso o en la selección de los recursos empleados.

En la gran mayoría de casos la estructura básica requiere de madera (a veces se usan tubos de hierro), entonces cabe preguntarse por su naturaleza. Por ser la de mayor versatilidad en Guatemala, además de abundante, fácil de trabajar y barata, la de pino es la que más se aprovecha, generalmente en forma de regla aserrada. Pero algunos Arcos alcanzan alturas respetables, como los ilustrados en las fotos 1, 2 y 3, en los que no se puede acudir a las reglas de pino. Entonces se usa ciprés rollizo. Ya que la zona de crecimiento silvestre del ciprés se encuentra en la región alta de montañas, no debe sorprender que sea allí donde se

erigen con sus rectos, delgados y fuertes troncos los Arcos más altos.

Una vez conseguida la armazón base, el paso siguiente es el forro o cubierta, lo que se aproxima a la identidad cultural de las poblaciones que han fijado el uso de los recursos. El general los forros más frecuentes son de pashte, musgo blanco o "barba de viejo" (*Tillandsia usneoides*), hojas de amate (*Ficus* spp.), hojas de maguey (*Agave* spp. o *Beucarnea guatemalensis*), hojas de palmeras, coco, pacaya, corozos y de palmilla o guano (*Attalea butyracea*, *Orbignya cohune*, *Chamaedorea tepejilote* casi siempre, *Cocos nucifera*, *Sabal guatemalensis* y *Sabal mexicana*), ciprés (*Cupressus lusitanica*) y ocasionalmente musgo (una gran variedad de especies del orden Bryophytales).

Tillandsia usneoides es una especie de la familia Bromeliaceae, que crece epífita sobre encinas, palo de jiote y otros cuantos árboles. Pariente de los "gallitos" y las piñas es un vegetal de honda tradición en el país, muy usado en las celebraciones religiosas de Nochebuena y Navidad en pesebres, nacimientos, belenes y "arbolitos". Estos usos rituales, en los grandes ciclos de la espiritualidad católica guatemalteca, denotan que se ha incorporado al imaginario sacro colectivo de los pueblos. Se recolecta en los bosques vecinos a las comunidades, y en Panajachel es el forro preferido. Según don B. Raxtún ya es escaso por la destrucción de los bosques, lo cual hace que su precio en el mercado se eleve cada vez más. En consecuencia ha principiado una sustitución por ramillas de ciprés.

Las siete especies locales del género *Agave* y la de *Beucarnea guatemalensis* se designan popularmente magueyes. Especies de la flora silvestre propias de ecosistemas arbóreos de montaña que crecen en los sotobosques. Tienen una estrecha relación con el Hombre por muchas vías. De su fibra, larga y fuerte, se obtiene la llamada "pita floja", materia prima de descubrimiento prehispánico; el modo de obtenerla y transformarla en pita, lazos, artículos utilitarios, ornamentales y textiles conlleva complicadas secuencias artesanales, que ahora también se aplican a la producción de "bombas voladoras" y de "cohetes de vara", inseparables de la religiosidad popular católica del país. En la historia gastronómica nacional tienen lugar especial: los antiguos mayas cultivaban magueyes para conseguir aguamiel, jarabe, bebidas fermentadas y jarabe edulcorante⁶; y justo en Semana Santa, una preparación de la cocina kaqchikel (sincretizada) es la carnosa hoja cocida con panela, el *sak ki'iy' pa' ka'p* que se vende en trozos en el mercado popular de Sololá entre el Domingo de Ramos y Sábado de Gloria. Esta forma de la culinaria sacra vincula el maguey-alimento a las especies de simbolismo alimento-obsequio en los Arcos, cual sucede en San Andrés Semetabaj. En actos de fuerte carga espiritual, sus espinas se usaron en autosacrificios en los que se sacaba sangre de lengua, orejas, piernas y órganos sexuales³ para ofrecerla en ofrenda a la divinidad.

Los amates son especies en su mayoría arbóreas, del género *Ficus*, de las que se reconocen muchas en el país (no menos de 28). Pertenecen a la familia Moraceae. Su carga histórico-cultural les

da suficientes atributos y cualidades para poder ofrecerse en ofrenda. Nuestros ancestros prehispánicos descubrieron que, tratada, la corteza servía para trazarle figuras. Con equivalencia de papel, las láminas de su corteza llegaron a ser el medio en el que grabaron relatos y la narración de acontecimientos importantes; los primeros libros hechos en el país. En la tradición oral popular reciente, bajo sus copas, en las noches oscuras, se guarece el diablo. Ocasiones hay en las que cede el refugio a otros seres mágicos, entre ellos al duende, la siguanaba y los bultos¹⁰, debido a que los prominentes contrafuertes en la base, y ramas que a veces llegan al suelo, forman guaridas sobrenaturales. La imaginación hace que el miedo circule por la negra sombra de la copa, proclive a las evocaciones saturadas de misterio. Esto no es demoníaco, es cultural, y lleva a personalizar un árbol que como tal se suma a la esencia intangible del pueblo. Tanto que hasta hace poco no fue infrecuente toparse con mercados populares a su sombra. Vencida por la iluminación solar la presencia de los aparecidos, y metida la bulla de los comerciantes dentro de su casa, queda de ese mundo mágico la literatura oral en sus infinitas variantes pueblerinas y la pomposa riqueza que de ella hacen las grandes ciudades, en que seres fantásticos protagonizan papeles importantes junto a los amates. De la peculiaridad de forrar con sus hojas Arcos en San Andrés Semetabaj, informantes anónimos que no declararon nombres; entrevistas *in situ* el 22.03.2008, (Sábado de Gloria), dijeron que “se usan hojas de amate porque este árbol es muy especial”; sus hojas, en los Arcos de San Andrés, son un buen ejemplo de cómo se incorporan especies que disponen de variedad de significantes.

Attalea butyracea, *Orbignya còhune*, *Chamaedorea tepejilote*, *Cocos nucifera*, *Sabal guatemalensis* y *Sabal mexicana* son seis de las palmeras más importantes en los Arcos de Semana Santa. En términos comunes se les conoce respectivamente como corozo o corozo de olor, manaca o corozo del Caribe, pacaya, coco, y palmilla o guano las dos últimas. De las palmillas se obtienen hojas tiernas que se integran en Ramos o tal cuales. Los corozos son el alma de la Semana Santa guatemalteca; se expresan por intermedio de sus inflorescencias de olor intensamente espiritual. Las pacayas vienen a través de hojas e infrutescencias, éstas son racimos de pequeñas bayas oscuras. Los cocoteros ceden sus hojas, a veces sus racimos florales y casi siempre sus frutos.

Gran parte del atributo místico del corozo estriba en el poder contenido en el aroma de las flores, capaz de despertar evocaciones de la vida cuaresmal como la conmemora la Iglesia católica. Su olor ayuda a tender un puente, subconsciente pero vigoroso, entre lo sacro y lo profano y eleva a los devotos a niveles de intenso fervor, reafirmando la identidad espiritual de los Pueblos en sus prácticas, costumbres y tradiciones.¹⁵ Tal es el poderoso vínculo, tan mágico el ámbito sacro que crea esta hermosa palma, humilde pero señorial que por siglos ha estado ligada en muchos asuntos, aun en la culinaria: está presente en la mesa porque su médula, el “palmito”, es comestible ¿Es que por ser alimento y efluvio mágico-evocador se hace “especie sacra”?

Los cocoteros se han integrado a la iconología de Semana Santa a través de hojas y frutos. Las primeras son grandes,

de suave curvatura natural que les provoca forma de sutil arcada. Esto se aprovecha en San Antonio Palopó para construir arcos que, en su sencillez, rememoran con ejemplar intensidad el adorno que debió haberse compuesto para la triunfal entrada de Jesús a Jerusalén en los tiempos bíblicos. Los de San Antonio son los arcos más "primitivos" en el área de estudio, pero recrean con gran realismo el pasaje del Nuevo Testamento que menciona el uso de palmeras para halagar al Mesías. En los Arcos abundan sus frutos, los populares coco (su presencia es significativa en los cuatro iconos cuaresmales tal vez con el mismo significado). En los Arcos lo simbólico es dual: no sólo son parte de una palma, y el significado que ello conlleva, también por su calidad de fruto comestible, de comida.

En cuanto a la incorporación de hojas y frutos de pacaya a las celebraciones cabe preguntarse ¿Por qué se emplean hojas como "adorno"? ¿Y frutos? ¿Por costumbre? ¿Cuál es su simbolismo? Ya he dicho¹⁴ que cuando el hombre prehispánico se imbuía en protocolos sacralizados incorporaba elementos de la Naturaleza al tiempo, al espacio y a la ocasión. Se "adornaban" sitios ceremoniales con especies florísticas de elevada significación ritual: hojas de pino, hojas de pacaya, ramillas de liquidámbar, ramillas de ciprés, ramillas de muj (encina), ramillas de abeto (pinabete) y flores silvestres. En parte esta herencia cultural, ahora sincretizada, da inmanencia a las hojas de pacaya, que mantiene vigente su uso en festividades religiosas. Pero empiezan a ocurrir cambios negativos que afectan el universo de las tradiciones y costumbres populares, y de esa cuenta la incorporación de hojas de

pacaya comienza a perderse. Dos son los factores causales, según don B. Raxtún: 1/ las sequías cada vez más frecuentes e intensas, que diezman la población, y, 2/ el protestantismo fundamentalista que niega a los católicos el acceso a los pacayaes por ellos manejados.

Pamillas, guanos, palmas de sombrero o palmos crecen silvestres en ambientes litorales, especialmente alrededor de humedales estuarinos. En la Costa Cuca, el tercio occidental de la Planicie Costera del Pacífico, son especie dominante en ecosistemas palustres, ambientes bien característicos de la zona que localmente se llaman pampas. Con la misa del Domingo de Ramos, en recuerdo de la entrada de Jesús a Jerusalén, las palmas adquieren inusitada relevancia, y la Iglesia prepara y distribuye ramos de hojas tiernas de palmilla con flores de corozo y estaticia. Algunos de estos ramos llegan al decorado de los Arcos.

El ciprés (*Cupresus lusitanica*) es un árbol propio de esta tierra. Se cuenta entre la vegetación más antigua del territorio. Llegó aquí junto con pinabetes, pinos, enebros y algunas especies latifoliadas hará unos 14 millones de años, en el Período Mioceno (en el Terciario de la Era Cenozoica) procedente de Norteamérica, de donde se dispersó al sur ayudado por grandes cambios en el clima planetario. Ya lo menciona el Pop Wuj², el libro mágico-cosmogónico Maya K'iche' que relata mitos de la creación, cuando dice que luego de formada la tierra, "... una potencia y un poder maravillosos pudieron hacer lo que fue resuelto de los montes y de los valles, y la creación de los bosques de ciprés y de pino en la

superficie". En la actualidad el ciprés ocupa sitios culturales destacados: tiene un uso mágico y espiritual muy profundo porque se le asocia intensamente con el inframundo y la muerte, de allí que sus aromáticas ramas, si bien llegan a adornar sitios de zarabandas, "enramadas" de ferias pueblerinas, tablados de escenarios rurales y aún tumbas y panteones, tienen un simbolismo particular si de componer Arcos se trata. Su madera es apreciada y distinguida como de gran finura. Los pequeños conos y la corteza se emplean en medicina popular para tratar afecciones de garganta y boca.

Excepto por el corozo de olor, o corozo a secas (*A. butyracea*) que por sí mismo es un referente de la época, las flores no son un elemento muy significativo en los Arcos de Semana Santa. En ellos resultan muy escasas en comparación con los otros tres iconos temporales. Con un orden de importancia definido primariamente por la geografía de la festividad, en la frecuencia de aparición al corozo le siguen a mucha distancia estaticia, chilca, bouganvileas, collar de la reina, clavel, "cartucho", "pata de gallo" y "ave del paraíso". Una flor muy singular en este caso es la de izote (*Yucca guatemalensis*) que en la cultura guatemalteca es un definido producto comestible; sólo se le encontró en los Arcos de Santa Catarina Palopó.

Al hablar de las palmas se hizo referencia al significado del corozo; vale agregar, para esta sistematización didáctica de la presentación, que tan obligado es su vínculo y tan tradicional su uso que mucha gente ni siquiera repara en que las espigas sueltas que se incorporan, o las "pencas" completas que se cuelgan, son flores. En

este caso es la magia del aroma la que oculta la existencia de otros simbolismos, tales como el hecho de tratarse de una palmera o constituir un rasgo inconsciente en una arraigada tradición del catolicismo popular. Mas el poder evocador de sus emanaciones traslada al devoto a las esferas de espiritualidad necesarias para sentir a Dios.

La estaticia es una planta herbácea cultivada, no nativa del país, que produce flores pequeñas, de unos 10 milímetros de longitud, dispuestas en cortas inflorescencias alargadas. La flor es de estructura compleja. La parte colorida es apergaminada, seca, y sus tonalidades van de morado, a amarillo, blanco o rosado. La preferida en Semana Santa es la morada. Es la flor de los "ramos", los arreglos sacralizados hechos de hojas tiernas de palmilla y espigas de corozo para el Domingo de Ramos y que de allí en adelante adornan varios iconos de la festividad. Se cultiva en San Pedro Sacatepéquez y en el área que rodea a Santiago de Guatemala, hoy La Antigua Guatemala.

El clavel es otra planta herbácea de cultivo generalizado en el país por su amplia demanda como ornamental. La flor adopta gran riqueza de formas y colores, aunque dominan las rojas y blancas. Se le emplea como ornamento de "pasos" en los Vía Crucis pueblerinos y una que otra vez se coloca en Arcos. Una aplicación frecuente también es la de sus tallos. Que cortados en fragmentos de pocos centímetros de largo, suelen ser esparcidos para formar especies de pequeñas alfombras de textura muy singular.

La buganvilia, o bouganvilea como otros le llaman, es un arbusto no nativo que se planta con mucha frecuencia como ornamental o para delimitar parcelas a manera de un cerco vivo. Tiene flores todo el año y las hay de muchos colores: morado, rojo, amarillo, anaranjado, blanco. En particular en los pueblos, e incorporada a barrios de la ciudad de Guatemala como parte del acervo cultural traído por inmigrantes, se utiliza para preparar alfombras rápidas y muy efímeras: aquellas que se hacen frente a los "pasos" para el tránsito del Vía Crucis. Para ello siempre se ha preferido la morada. En muy contadas ocasiones pequeños ramos de buganvilia se ponen como adorno en los paralelos de los Arcos.

Como "chilca" se denomina en Guatemala a una serie de especies del género *Senecio*, algunas cuantas consideradas mágicas, pero sólo es una la que se incorpora a las tradiciones de Semana Santa y la costumbre se circunscribe a pueblos montañosos del suroccidente. Se trata de *Senecio salignus*, la que produce flores color amarillo-oro. Es arbusto nativo que crece espontáneo en las zonas de montaña, la mayoría de veces en campos abiertos, soleados, donde se cosechan maizales. Florece sólo en primavera. Sus flores, despenicadas, se riegan en alfombras, pero asimismo se colocan pequeños ramilletes en Pasos y Huertos y de ésta manera a veces también en Arcos.

Las flores de gravilea no son de gran tradición en los Arcos, pero en ocasiones se les ponen algunas. La especie es un árbol no nativo, grande, introducido al país junto al cultivo del café como

árbol de sombra. Originalmente plantado, ahora crece espontáneo en las cercanías de los cafetales y en las zonas urbanizadas. Florece principalmente durante primavera. Las flores son de color amarillo y anaranjado con algunos matices rojos. La especie es *Grevillea robusta*.

Los frutos juegan un papel muy importante porque simbolizan la comida que se le ofrece a la divinidad, desempeñan el rol expresivo de compartir los alimentos y además representan un tributo, una ofrenda. Algunos son de consumo humano, otros no, pero tal asunto no desmerece la carga simbólica que incorporan. Es notable el hecho de que integran un conjunto bien definido, en el que se encuentran especies que la tradición ha establecido como propias de la celebración. Esto resulta congruente con la tesis que se ha manejado en otras oportunidades, de la existencia de recursos naturales y elementos de la Naturaleza articulados a patrones de identidad cultural.¹³ En ese sentido, los más frecuentemente encontrados son "melocotón de olor" (cucurbitácea, sin parentesco con los duraznos), pataxte, cacao, coco, piña, banano, plátano, mango, zapote, naranja y mandarina entre los comestibles. Entre los no comestibles hay coralillo y bayas de pacaya. Aunque no son frutos, los conos de pino se encuentran con regular frecuencia.

El melocotón de olor, o sólo melocotón, como frecuentemente se le llama (*Sicana odorifera*), posee un fijamiento tan intenso a los Arcos y demás iconos que, en cuanto a frecuencia, solo es superado por las flores de corozo y otras palmas (en lo simbólico, no obstante, cacao y pataxte son más importantes que él). La especie

es nativa de Brasil y produce un fruto largo, cilíndrico, de unos 40 centímetros de longitud y cerca de 10 de diámetro, aromático, de color característico rojo amarillento o rojo verdoso, que aparece en los mercados casi exclusivamente en la primavera cuaresmal. En las zonas cálidas del sur, que es donde se le cultiva en el país, muchas veces se planta cerca de las casas por su grata fragancia.

El pataxte (*Theobroma bicolor*) es un pariente muy cercano del cacao, cuyo fruto comestible es apreciado en muchas poblaciones para consumo directo. Sus semillas, si se procesan como las del cacao, producen una bebida sucedánea parcial del chocolate o un "batido" si se preparan según su propia identidad. Debido a ello posee alto valor simbólico y ritual desde la época prehispánica. Especie americana propia de las selvas tropicales húmedas, en Guatemala crece en las tierras bajas del norte y sur pero abunda en la ladera de la Cordillera Volcánica. El fruto es grande, ovoideo, cáscara dura y con muchas marcas incisivas. Se come la pulpa, que es amarilla, fragante y dulce.

Con el pataxte, con atávicos valores socio-espirituales equivalentes se encuentra el cacao (*Theobroma cacao*), de frutos bastante apreciados en los Arcos. Y sólo porque su precio es más bajo y hay mayor disponibilidad en el mercado, el primero suele ser más abundante dentro de las ofrendas. Ahora es bien claro que una sección del linaje del cacao es nativa de nuestras tierras y que con gran probabilidad su cultivo se originó entre los mayas.⁴ El chocolate que se obtiene del procesamiento de sus semillas era una bebida intensamente ceremonial en la época prehispánica,

rodeada de un culto tan definido que la llevó a ser "alimento de los dioses". No sorprende que tal significación se proyecte en los actuales ofrecimientos hechos en el seno del cristianismo católico.

Acerca de la incorporación de los cocos es poco lo que puede decirse, pues entre los hacedores de Arcos no se tiene conciencia clara del por qué. No debe extrañar en un hecho social que procede del subconsciente colectivo. Palabras más palabras menos, la justificación generalizada es que "se hace por costumbre". En teorización fundamentada en el manejo de los ya señalados simbolismos, puede explicarse a raíz de su condición de palmeras. El coco (*Cocos nucifera*) es una especie cosmopolita, de hábitat primario en litorales marinos tropicales que tolera bien su plantío tierra adentro. Sus relaciones etnobiológicas son intensas en campos variados de la cultura popular, como la culinaria, las artes y artesanías, la medicina alternativa y las construcciones, y como lo muestra el presente ensayo, también en la cultura espiritual.

El coralillo es un árbol de porte mediano, de la familia de las verbenáceas, al que también se llama pacuché, *kuu'* y en latín *Citharexylum donnell-smithii*. Crece silvestre en zonas de altitudes entre 1000 y 2,700 metros sobre el nivel del mar, en un área que va del sur de México a Panamá. Son los frutos los incorporados a las tradiciones. Son bayas pequeñas, de menos de un centímetro de diámetro, anaranjadas o amarillo fuerte hasta negruzcas cuando están maduras, dispuestas en infrutescencias alargadas, colgantes, formadas con decenas y a veces

cientos de frutitas. Su función en los iconos cuaresmales es ornamental, principalmente en andas, pasos, arcos y huertos, y con mayor frecuencia en los pueblos que en las ciudades.

Los frutos de zapote (*Pouteria sapota*) se encuentran con significativa frecuencia en los Arcos. El zapote es un árbol propio de Mesoamérica que crece silvestre en las selvas tropicales, en particular por debajo de 1,200 metros de altitud, es alto, de porte esbelto, copa tupida y produce un fruto de gusto muy delicado. Al menos cinco especies más de la misma familia son de frutos comestibles (*Pouteria campechiana*, *Pouteria durlandii*, *Pouteria hypoglauca*, *Pouteria amygdalina* y *Pouteria viridis*), pero es sólo el zapote el sacralizado en los iconos cuaresmales.

La piña (*Anana comosus*) es una especie de la América tropical ampliamente repartida en el continente, que se conoce y usa desde tiempos inmemoriales. Vinculada a las tradiciones populares, en Guatemala es la fruta predilecta para la bebida clásica de Nochebuena: el “caliente de piña”. Está, además, muy arraigada en la culinaria nacional, ya sea en la preparación de refrescos, pastelillos, postres y como ingrediente de algunas comidas populares. Su incorporación a los Arcos es intensa.

Igualmente importante es el uso de naranjas (*Citrus aurantifolia*), que si bien no son frutos nativos, se encuentran en tal profusión y con usos tan variados que resulta de lo más natural encontrarlos en muchos de los aportes vegetales al culto católico. Siendo una fruta muy apreciada, su ofrecimiento simbólico a la divinidad,

al menos en cuanto a la conmemoración cuaresmal toca, se logra por todas las vías posibles, una de ellas es la de los Arcos.

Y las musáceas, bananos, plátanos y guineo majunche entre ellas, resultan de mayor frecuencia en Arcos de comunidades localizadas en las tierras más elevadas (fotos 6, 7, 15, 17 y 19). Son frutos no nativos, incorporados con la invasión europea pero que en la actualidad constituyen un elemento poco menos que infaltable en la alimentación. Las especies más comunes son *Musa sapientum* y *Musa paradisiaca*.

EPÍLOGO

- En cuatro pueblos kaqchikeles estudiados en 2008 y 2010 en el departamento de Sololá, los Arcos no fueron solo un elemento decorativo de la religiosidad popular de Semana Santa, sino mensajes a la divinidad. Sus constituyentes cumplen función de códigos de comunicación entre el Hombre y el mundo sagrado, un lenguaje que se vale de simbolismos hondamente arraigados en el subconsciente colectivo. En 2009, la ampliación del estudio a comunidades de Sololá de definida filiación k'iche', hasta alcanzar la ciudad de San Miguel Tonicapán, en Tonicapán, mostró la misma condición.
- A los Arcos de Semana Santa se les asigna carácter de “ofrendas que se dan al Señor”. Su ofrecimiento se basa en dos compromisos fundamentales del creyente: 1/ agradecer a la divinidad y con ello obtener sus bendiciones y protección, y, 2/ honrar la memoria

de los antepasados de quienes los construyen, siguiendo la tradición de levantarlos como ellos lo hacían.

- No es generalizada la necesidad de “levantar” un Arco para que Cristo, en cortejo procesional, pase debajo de él. La expresión de fe se conserva aún si la segunda condición no existe. El “Arco” puede ofrecerse a distancia, por ejemplo en la puerta de entrada a una casa, sin siquiera erigirse como en el modelo clásico. Basta con acondicionarlo como tal en estructuras permanentes preexistentes, dotarlo con los bienes vegetales que se obsequian a Dios y rodearlo de la religiosidad necesaria.
- La construcción de un Arco es en primera instancia un compromiso personal, que ha sido heredado y que en la misma medida es heredable, en el que el individuo que lo adquiere se convierte en “dueño” y, por extensión, en depositario de la tradición. En tres poblados muy cercanos al lago de Atitlán, San Andrés Semetabaj, San Antonio Palopó y Panajachel, raramente son construidos por asociaciones, hermandades o cofradías, en compromiso compartido. Esta condición se ve menos rígida en las comunidades vecinas al pueblo K’iche’ o definitivamente k’iche’s, pero es demasiada ligereza insinuar una respuesta de etnicidad en el hecho, pues el pueblo kaqchikel de Santa Catarina Palopó construyó seis en propiedad colectiva, en 2010.
- Los Arcos de Semana Santa, en los departamentos de Sololá y Totonicapán, son iconos religiosos altamente sincretizados. El motivo lo provee la fe católica (aportada a través

de España) en tanto que su concepción y lo más profundo de lo simbólico en los elementos integrados son aportaciones del mundo prehispánico.

- Los productos vegetales que forman parte de los Arcos constituyen un conjunto de elementos característicos de ellos. Todos poseen simbolismos que el imaginario colectivo maneja hacia el objetivo primordial de obsequiar apropiadamente al Señor.
- Los frutos incorporados a los Arcos constituyen un conjunto definido, y representan un obsequio de comida que le hace el Hombre a la divinidad, encarnada en Cristo. A través de los frutos se alimenta simbólicamente a Dios, acción clave para agradarlo y compartir con Él los alimentos y vincular lo profano a lo sagrado. Del hecho de poder compartir la comida con Cristo surge la noble costumbre que, en ocasiones festivas o ceremoniales, la gente llega a obsequiarse platillos de su cocina.
- Las flores, pese a su poder de despertar sensaciones mágico-religiosas, por ello ser medios de evocación de sentimientos muy profundos y entonces constituir preciosas ofrendas para la divinidad, son muy poco importantes en los Arcos si se les compara, en especial con los frutos, pero también con los follajes.
- Las hojas poseen el color verde que simboliza fe y esperanza, y también tienen significados particulares de acuerdo a la planta de que provienen: palmeras, de gran carga espiritual, árboles mágicos o sacralizados por otras vías, como pino y amate.
- Por conformar estructuras de glorificación al Señor, las reglas con

- que se construyen los Arcos adquieren carácter de reliquias.
- La construcción de Arcos es una tradición de religiosidad popular que puede estar en peligro de extinción por varias causas, en especial por: 1/ elevación de los precios de sus insumos, 2/ cambio de creencias religiosas, 3/ emigración de los constructores, 4/ creciente influencia del protestantismo fundamentalista.

REFERENCIAS

- 1 Álvarez de Luna, A. y J. Antonio (eds.). 1986. **Diccionario de antropología cultural**. Rioduero, Editorial Católica. Madrid.
- 2 Anónimo, s.f. **Popol Vuh: el Libro Sagrado**. Versión de Ch. E. Brasseur de Bourbourg. 1972. Universitaria, Col. Creación Literaria, N°1, Guatemala. 480p.
- 3 Ávila Aldapa, R. M. 2002. **Los pueblos mesoamericanos**. Instituto Politécnico Nacional, México, DF. 328p.
- 4 Bukasov, S. M. 1981. **Las plantas cultivadas de México, Guatemala y Colombia**. Trad. de la ed. inglesa por J. León. Centro Agronómico Tropical de Investigación y Enseñanza, Programa de Recursos Genéticos CATIE/GTZ, Turrialba, C.R. 174p.
- 5 Carmona Muela, J. 2008. **Iconografía cristiana**. 4 ed. Ediciones Istmo, Madrid. 190p.
- 6 Coe, S. D. y M. D. Coe. 1999. **La verdadera historia del chocolate**. Trad. M. A. Pulido Rull. Fondo de Cultura Económica, México. 396p.
- 7 Estrada Monroy, A. 1990. **Vida esotérica Maya-K'ekchi'**. Col. Obra Varia N° 3, Ministerio de Cultura y Deportes, Guatemala. 374p.
- 8 Estrada Monroy, A. 1979. **El mundo K'ekchi' de la Vera-Paz**. Editorial del Ejército, Guatemala. 388p.
- 9 Fontana, D. 2003. **El lenguaje de los símbolos; Guía visual sobre los símbolos y su significado**. Trad. C. Gómez A. y M. J. García R., Blume, Singapur. 320p.
- 10 Lara Figueroa, C. A. 2004. **Leyendas Populares de Aparecidos y Ánimas en Pena en Guatemala**. Artemis Edinter, Guatemala. 218p.
- 11 Vásquez González, G. A. y L. Villar Anleu. 2004. **Cuaresma y Semana Santa en Guatemala: simbología en flores, colores y olores**. Centro de Estudios Folkloricos, Universidad de San Carlos, *Revista Tradiciones de Guatemala* 61:101-104.
- 12 Villar Anleu, L. 2008. **Arcos de Semana Santa en Sololá (2008): lo simbólico, lo sagrado, lo profano**. Centro de Estudios Folkloricos, Universidad de San Carlos, *Revista Tradiciones de Guatemala* 69:143-169.
- 13 Villar Anleu, L. 2007. **De tradiciones culinarias a conservación de la Naturaleza por medio de la identidad cultural**. Centro de Estudios Folkloricos, Universidad de San Carlos, *Revista Tradiciones de Guatemala* 67:227-250.
- 14 Villar Anleu, L. 2006. **Tradiciones de Nochebuena: fusión de culturas**. En: C. A. Lara Figueroa (ed.). Suplemento Especial de Navidad: "Arte, ternura y tradiciones", Diario La Hora, Guatemala, 22 de diciembre. p6-7.
- 15 Villar Anleu, L. 2006. **El corozo: olor**

mágico y espiritual de la Semana Santa guatemalteca. En: C. A. Lara Figueroa (ed.). Suplemento especial: "Magnificencia en la Semana Santa

guatemalteca: un legado histórico", Diario La Hora, Guatemala, 12 de abril. p8-9.

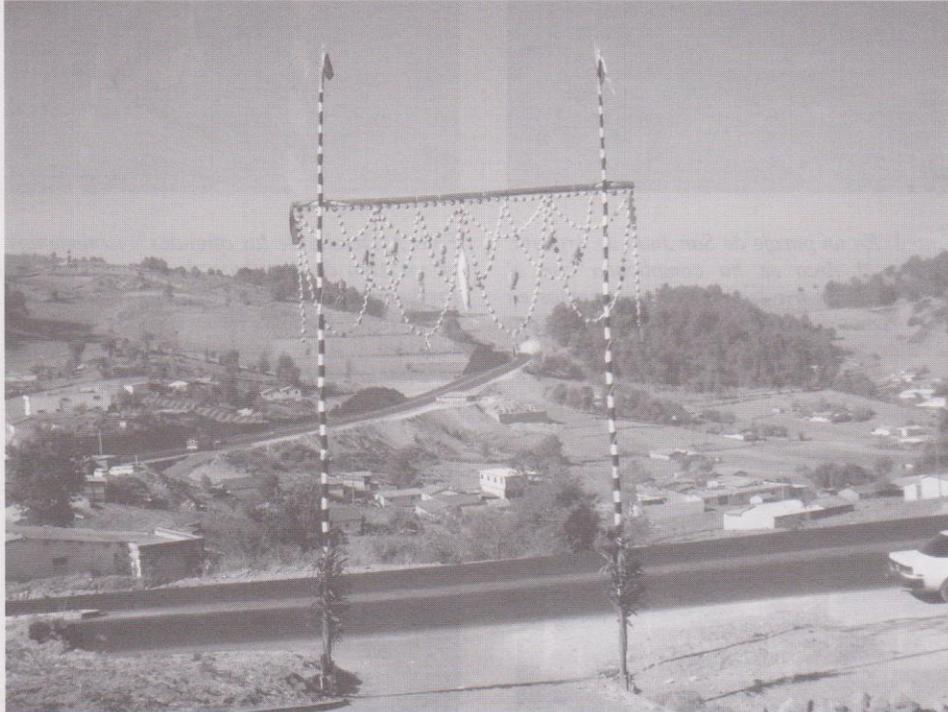


Foto 1. La imagen del Arco típico: dos paralelas verticales, un travesaño, los ornamentos y las ofrendas. En el departamento de Sololá, a la orilla de la Carretera Interamericana y cerca del límite con Totonicapán. Foto L. Villar Anleu, 2009.



Foto 2. En un paraje de San Juan de Argueta, Sololá, el Arco se ha complicado con el añadido de un travesaño, más ornamentos en los extremos de las reglas y bastante fruta. Foto L. Villar Anleu, 2009.



Foto 3. Detalle de las ofrendas y ornamentos en un Arco de San Juan de Argueta, Sololá. Predominio de corozo (flor sacramental de la época), bananos (sacralizados para la ocasión) y hojas de pacaya (ancestralmente ceremoniales). Foto L. Villar Anleu, 2009.



Foto 4. Un Arco en San Andrés Semetabaj, Sololá, muestra su adecuación al espacio de una calle para permitir el paso del cortejo procesional sin interrumpir el paso de vehículos. Foto L. Villar Anleu, 2008.



Foto 5. En Panajachel, Sololá, un Arco erigido en la calle permitirá el tránsito vehicular sin restringir el paso del cortejo procesional del Santo Entierro. Foto L. Villar Anleu, 2008.



Foto 6. En El Novillero, Sololá, un Arco se adecuó a la entrada de la casa con gran simplicidad constructiva. Según el jefe de hogar, envía un mensaje de fe a la comunidad, de tradición a sus hijos y es ofrenda para Cristo. Foto L. Villar Anleu, 2009.



Foto 7. Detalle del Arco construido a la entrada de una casa en El Novillero, Sololá. Muchas de las especies características: bananos, corozo, melocotón de olor, piñas y hojas de pacaya. Foto L. Villar Anleu, 2009.



Foto 8. En El Novillero, Sololá, este Arco posee los elementos y la estructura que les son propios. Destaca que no esté orientado al paso de un cortejo procesional, es ofrenda pura. Predominio de bananos, y hojas de pacaya infaltables. Foto L. Villar Anleu, 2009.



Foto 9. Rasgos irrenunciables y característicos: el Arco está frente al templo católico, recibe el cortejo procesional y posee su carga de ofrendas simbólicas. Iglesia de San Francisco de Asís, Panajachel, en Viernes Santo. Foto L. Villar Anleu, 2008.



Foto 10. Comunidad Católica Santa María del Camino, aldea Pacoxom, Sololá. El Arco ha sido erigido frente al templo y es de propiedad colectiva. Foto L. Villar Anleu, 2009.



Foto 12. A veces ciertas filiaciones humanas se proyectan en los Arcos. La unión física de estos dos se debe a que pertenecen a dos hermanos, que así fortalecen sus vínculos familiares. Panajachel, Sololá. Foto L. Villar Anleu, 2008.



Foto 11. Raras veces los Arcos poseen otros iconos de la cristiandad. Este, en San Andrés Semetabaj, Sololá, si los tiene: cinco cruces que penden junto a la fruta y el corozo. Foto L. Villar Anleu, 2008.



Foto 13. Un Arco colectivo: el de la Hermandad de Jesús de la Columna. Muestra detalles constructivos más elaborados. San Miguel Totonicapán. Foto L. Villar Anleu, 2009.



Foto 14. Una disposición ornamental más elaborada en este Arco frente al templo católico. Colonia María Tecún, Argueta, Sololá. Foto L. Villar Anleu, 2009.



Foto 16. Arco colectivo de una agrupación comercial. Trabajadores de un centro recreativo en Panajachel, Sololá, unidos alrededor de una fe común. Foto L. Villar Anleu, 2009.

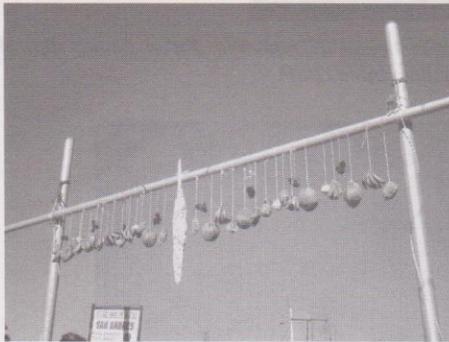


Foto 15. Esquema modificado: tubos de hierro en vez de madera, falta de forro u ornamentación y simpleza en la colocación de la fruta. Pero el efecto místico no varía. San Andrés Semetabaj, Sololá. Foto L. Villar Anleu, 2008.

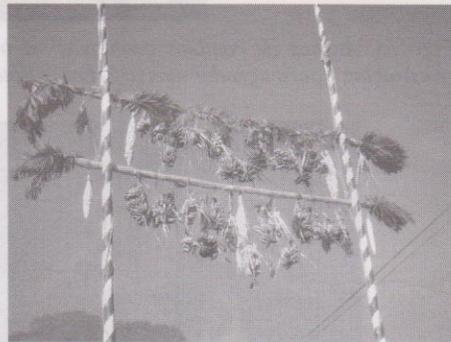


Foto 17. Detalle de un doble travesaño para mostrar el arreglo de la fruta y los follajes en esta variante constructiva. El Novillero, Sololá. Foto L. Villar Anleu, 2009.



Foto 18. Atisbos de cambios evolutivos: el travesañ tiende a combarse. En el fondo, dijo el constructor, "para agradar más al Señor". Foto L. Villar Anleu, 2008.



Foto 19. Un forro de hojas imbricadas. Ambas especies, amate y agave, con otros referentes simbólicos en el imaginario colectivo. San Andrés Semetabaj, Sololá. Foto L. Villar Anleu, 2008.

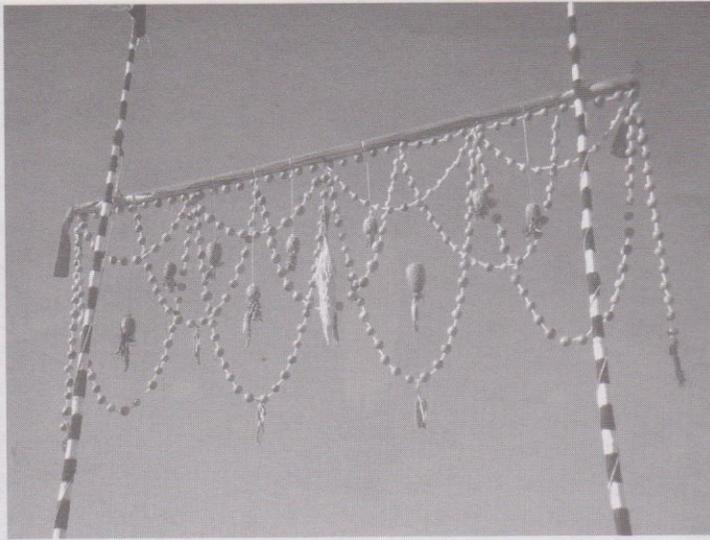


Foto 20. No hay forro de productos vegetales. Una tela en el travesaño (compárese con fotos 10 y 13) y pintura de aceite. El Novillero, Sololá. Foto L. Villar Anleu, 2009.



Foto 21. Un fuerte forro de musgo blanco, o pashte, común en Arcos de Panajachel. Foto L. Villar Anleu, 2008.



Foto 22. Los Arcos de Santa Catarina Palopó, Sololá, con fuerte asociación a Alfombras. Foto L. Villar Anleu, 2009.

Foto 21. Un faro de luz blanca o rosada, como en Arcos de Palopó. Foto L. Villar Anleu, 2009.